

EL ORIGEN DE LAS PALABRAS

Por MIGUEL AGUILERA

Decía el insigne e insuperable don Rufino José Cuervo, gloria de la raza hispánica, que de las ciencias modernas a ninguna le ha cabido más digno nombre que a la Etimología, pero que a ninguna otra tampoco le ha tocado la suerte de verse profanada con juegos pueriles. La relativa facilidad con que se descubre la cuna de muchas palabras, alienta a ciertos aficionados para seguir la misma técnica en el análisis del resto del vocabulario. Contentos con la posesión de unas pocas claves fonéticas, se echan por el atajo seguros de descubrir algún día los hondos secretos de su propia lengua. Con el apoyo de libros sabios, ciertamente, puede avanzarse algo en la tarea descifradora. Pero no tanto que permita a nadie procurarse la vanidad de volver a encontrar lo que el benedictino Bertoldo Schwartz ya había encontrado.

De la ciencia etimológica es quizá la onomatopeya lo que ha creado mayores pretextos para despotricar y consignar sandeces. Temperamentos hay de poco lastre en su capacidad mimética, que lo mismo relacionan bajo el estrépito del aire que se rasga con la cuchillada de un rayo, que ante la vista de una abeja que vaga con impaciencia pero con orden providencial sobre los miles de cálices de un jardín exuberante. Mientras un hombre observa serenamente la carga de un cañón gigantesco, y sin parpadear aguarda el instante de su estallido, otro, más delicado y emotivo, recoge todo el cuerpo dentro del menor volumen, hunde la cabeza entre los hombros, cierra los ojos y dibuja un gesto de terror cuando un feligrés que ma cerca de él un inofensivo cohete.

La onomatopeya no es mera figura retórica descubierta cuando se exploran las intimidades del idioma. Es procedimiento bocal para dibujar con la garganta, con el paladar, con los labios y con el aire que se aspira o se expulsa, lo que el oído escucha, el ojo advierte, la piel acaricia o sufre, el paladar percibe o la nariz sorprende. La historia natural de la palabra se inicia con este género de trabajo para explicar la plástica de las lenguas. De la animalidad, desprovista de recursos para comunicarse con el semejante, brotaron variados sonidos suaves y duros, musitantes y estruendosos, frescos y cortos, largos y lúgubres, agudos y graves pero todos homologados con las expresiones del mundo sensible que se baña en el océano, que apaga la sed en el fulgor transparente de las cañadas, que endulza los labios en las celdillas de los pañales, que hiere los pies en la fragosidad de la roca, que se estremece con los garfios del dolor físico, o que tiritita bajo el rigor del hielo.

Así como en la industria humana se advierten todos los grados de la tracción para mover la carga, desde la balsa primitiva sujeta con juncos y fibras naturales, hasta el trasatlántico, y desde la viga de arrastrar hasta el fino carro automotor, también en las lenguas se hallan expresiones formales desde las rudimentarias y salvajes, hasta las académicas y tecnológicas. En la confección o mejor, en la exhalación de aquéllas, obra de preferencia la enmarañada red nerviosa mediante el procedimiento imitativo de la onomatopeya. El acto primo, el impulso reflejo, la acometida de los músculos glossofaríngeos, son la resultante de la acción de un mundo sobre los sentidos del hombre. En la preparación cuidadosa y esmerada de las voces flamantes y complicadas trabajan por igual la armonía del sonido, el ritmo, el acento, y los dones de la inteligencia regodeados con los regalos de la ciencia y del arte.

Es excepcional que en el lenguaje lógico aparezcan manifestaciones del lenguaje emocional o afectivo. Sus fronteras están muy bien definidas, y sus misiones bien deslindadas.

La morfología de la onomatopeya es común y universal. El lactante asiático, europeo, oceánico o americano posee la misma inflexión vocal para demandar el alimento. El sordomudo o el mentecato de cualquier comarca de la tierra sólo cuenta con escasas combinaciones para dar escape a sus impresiones íntimas. El infante de pecho dice "ma", "te", para solicitar lo que el pezón materno procura. El adulto privado de las funciones de su psiquismo superior, exclama "baba", "bobo" "eaca", "pupo", con ímpetu vario, según el estado ocasional del espíritu cercenado de sus genitores.

Desde luego se supone que la palabra evolucionada de hoy tuvo que hallar un colaborador eficaz en la palabra monosílaba del hombre cavernario. Este se inició con el sonido mixto, "balba", y los que le siguieron al cabo de los milenios, complementaron la estructura para significar el primer intento. De allí, pues, salieron **balbucir** y todos sus derivados. Vio aquél que la llama temblaba en la noche, marcando intervalos, y dijo "ti-ti", para describir el efecto que el fenómeno luminoso le causaba en su retina, y el hombre que le sucedió diez mil años después, perfeccionó la dicción haciendo sonar entre la lengua y los dientes (sonido linguodental) la palabra "titilo, titilas, titilare".

Cuenta don Roque Barcia, autoridad muy discutible, que el Conde de la Cortina llegó a registrar mil seiscientas palabras modeladas sobre cuños onomatopéicos. Si en la lista, que quedó inédita, se incorporaron todos los derivados de las raíces imitativas, no me parece exagerado el cómputo. Pero si éste sólo incluye los elementos mimovocales, opino excesivo el inventario. Apenas el capricho llegaría a valorar como onomatopeyas palabras que no consultan las características de este medio de expresión refleja.

Por obra de las diferencias temperamentales de los pueblos, ocurre que lo que en un medio o en una época se dibuja con cierto sonido, en otro medio o en otra época sirve para simbolizar lo contrario. Sea la palabra "tere" que en Bogotá califica al niño llorón y enfermizo. Los romanos se valían de la misma palabra para denotar lo contrario: "teres puer" era para Horacio, el joven perfecto en su conformación física, y, por lo mismo, hermoso y agradable. En cambio Cicerón halló una aplicación distinta a la palabra cuando asociándose al vocablo "oído" quiso decir que era delicado y fino. Sea lo que fuere, entre la acepción bogotana y la horaciana surge

una antítesis, sin que podamos sustraer la nuestra a las modalidades de la onomatopeya.

Hay casos en que coinciden idiomas muertos y vivos en los fonemas que imitan los sonidos de las cosas, ya para llamar a éstas, ya para expresar el efecto normal de ellas. En castellano decimos tintineo o retintín para significar la voz de la campanilla. En inglés usan la combinación guttlinguodental "ting-a-ling" para lo mismo. Los latinos denominaban al objeto con la palabra "tintinnus", y el sonido de los metales que chocaban, con el vocablo "tinitus". Se advierte que el más rico en fonemas imitativos, es el idioma del Lacio, llevando, casi siempre, gran ventaja sobre los sonidos equivalentes del castellano. Por ejemplo, con la palabra seca "coax", que reproduce nitidamente el grito de la rana, los latinos derivaron todos los sonidos colaterales. El español hizo intervenir un elemento extraño que desnaturalizó el efecto alcanzado por los antiguos: es superior "coax" a "coar".

Los idiomas salvajes concuerdan con los civilizados. El guarany tiene "tarará" para distinguir el toque de la corneta. La lengua muisca ofrece la voz "tatá" para significar la trompeta. Tararear, en castellano, representa el canto sin letra.

Que el latín tiene mayor sutileza para la fasogenocusia, o palabra que suscita imagen auditiva, nadie lo discute. Para representar el gruñido del puerco posee la palabra "hirrio" que es imitación perfecta de aquél. Cuando el mismo animal se halla impaciente por una necesidad o por un dolor, gruñe con ritmo más acelerado, por lo que el autor de Filomela se vale del verbo "Quirito, quirritavi, quirritare". Al mencionarse el gurgüero recurre al juego de los músculos y canales que allí funcionan: "g'uttus". Imita el rumor del agua que se escapa goteando: "glut-glut". Remedando la gallina que delata el huevo recién puesto, dice, mejor que en castellano, "cucario cucuris".

Pero donde se manifiesta ingenioso y explicativo el viejo romance, es en la fasogenocinesia, o imagen motriz que describe el escalofrío, puesto que no sólo sugiere el estremecimiento, sino que denuncia que aquello proviene de un dolor o quebranto orgánico: "quéquerum". Bien entendido que la raíz "queror" señala la queja, la lamentación. No es sólo el tiritamiento por la acción de las ondas térmicas desconcertadas, sino la elocuente manifestación de que hay un cuerpo animal que sufre por obra de temperatura anormal interna o externa.

La clasificación exacta de los sonidos onomatopéicos es difícil, y sobre todo, de eficacia relativa por causa de las diferencias fónicas de las letras consonantes y vocales de una lengua a otra. Yo no hallo, contra el parecer de filólogos eminentes, que la palabra estornudar, ni la equivalente latina "sternutare", ni la francesa "éternuer" cumplan las características de la figura imitativa. Algo las satisface el verbo danés "pfniezen", y el islandiano "fnasa" que encierran el mismo sentido. Pero el idioma que retrata, con prodigiosa exactitud el movimiento y la explosión del aire estornudado es el guarany, de las tribus brasileñas, "at-chisobep".

La estética del lenguaje consagra valiosas normas sobre este aspecto particular. La armonía imitativa es reputada hoy como alta manifestación de la vida intelectual, y, por lo mismo, se la ha convertido en objeto de cultivo esmerado y científico. Diestramente armado el etimologista de nocio-

nes interpretativas de esta categoría, llegará a obtener amplia cosecha de novedades y maravillas ignoradas.

Cuando la psicología experimental no había alcanzado el adelanto actual, la explicación de los fenómenos verbales, considerados subjetivamente, era laboriosa y muy poco eficaz. El progreso de las ciencias, con el auxilio del laboratorio, ha sido factor notable en la interpretación de muchas manifestaciones habladas, refiriéndolas al desarrollo o regresión de las funciones cerebrales y no atendiendo sino a la mecánica normal del lenguaje, de la cual es accesorio indispensable la onomatopeya. El ilustre investigador Max Müller escribió hace muchos años, acerca del enigma que se esconde tras de la palabra, esta observación: "Si se nos pidiera que examinásemos cómo las imágenes que se pintan en el fondo del ojo, cómo todas nuestras sensaciones podrían representarse por sonidos, y transformarse en sonidos, de suerte que estos últimos tradujeran nuestras propias impresiones y despertaran las de los demás, miráramos, sin duda, semejante cuestión como ocurrencia de un loco, que mezclando las cosas más heterogéneas, quisiese trocar el color en sonido y el sonido en pensamiento. Sin embargo, tal es la cuestión cuya solución debemos buscar al presente".

La constancia de los sabios ha conseguido hoy reducir a fórmulas sintéticas de fácil verificación lo que Müller consideró como ocurrencias de loco.

* * *

Es evidente que más deben las ciencias a la imaginación que a la inteligencia; pero también es obvio que la exuberancia de aquella se ha convertido en causa de estancamiento, de desvío, o de equívoca interpretación en el desarrollo científico. Los errores cometidos en el terreno de la semiología lo están demostrando clamorosamente en vocabularios, índices etimológicos y diccionarios de academias y autoridades. El proceso es bien sencillo; toma el estudioso un vocablo cuya génesis no se ha establecido clara y satisfactoriamente; lo descompone en sus partes fonéticas esenciales con el fin de acomodarlo ya a las impresiones sensoriales adquiridas, ya a los hechos históricos o filológicos generadores de voces iguales o análogas. Si el investigador señorea un buen caudal de conocimientos, y, sobre todo, si domina el canal que los sonidos vocales recorren para caer en el recipiente de la palabra hecha es probable que acierte en la explicación ideada. Pero si, por el contrario, el experimentador posee a medias las nociones generales y los datos más conexos, el error interpretativo será el fruto inexorable de su labor.

Nadie osará negar que en la tarea de inducir el sentido intencional de cada entidad verbal, la imaginación cumple un encargo efficacísimo, y, en ocasiones, rescataador; pero bajo condición de que aquella facultad psíquica no se desentienda de las artes auxiliares propias para identificar los componentes del vocablo: la historia, la mitología, las matemáticas, la sociología, la química, la cronología y la legislación. Una fantasía bien abastecida con informaciones amplias y seguras es para cosechas prodigiosas.

La emoción lisonjera que experimenta el analizador no es sino el premio que la inteligencia y el esfuerzo otorgan a la sublime "loca de la casa" por las maravillas realizadas y por las conquistas hechas sobre páginas antiguas, o con el auxilio de sus propias sensaciones. Esto mismo explica la

admiraación que suele causarnos la descomposición etimológica de palabras cuyo sentido dominamos, pero cuyo origen no hemos podido conocer. Recuerdo la impresión que en la adolescencia me causó la explicación apenas probable de las dos voces "cadáver" y "misterio". Tan a lo hondo me llegó la noticia, que nunca pude olvidarla. Hela aquí: Contraídas y ligadas las primeras sílabas de la oración latina "caro data vermibus", carne entregada a los gusanos, dieron exactamente la definición orgánica y biológica de la palabra cadáver. Es lo que se llama sigla.

Con las raíces "mus" o "mys", rata, y "teretron", cueva u horadación, se construyó la palabra misterio que primero significó ratonera, y luego por ficción metafórica, lo que no llega fácilmente a los sentidos por los medios ordinarios.

Digo que es apenas probable la génesis de aquellas dos voces trascendentales, pues no aparece en sitio alguno el documento, inscripción o monumento que admita o sienta la tesis de la validez. Son alardes de ingeniosidad, pero no testimonios o señales de verdad incontrovertible. Lucio Elio, citado por Quintiliano, anota una etimología de estructura semejante para la palabra **pituita**, secreción de mucosas importantes, como contracción forzada de la oración **quia petat vitam**, que traducida dice: "por cuanto lo pide la vida"; lo que concuerda muy bien con la idea que los galenos tenían entonces de las funciones secretorias.

Hay ocasiones en que la etimología tiene que hacer préstamos obligados a la historia, particularmente a la mitología. El desdén por ella conduce a errores manifiestos. Tal como acontece con la denominación de la tremenda infección intestinal producida por el bacilo de Eberth: el tifo o tifus. Los investigadores, sin excepción, la han referido a la palabra griega **typhos**, que significa humo, sin pararse a considerar que dentro de la sintomatología del mal para nada interviene el humo. Desde luego arguirán ellos que donde hay humo hay candela, y donde hay candela hay calor exagerado, lo que, a su vez, es la característica sobresaliente de la fiebre tífica. Sin embargo, contra la respetable opinión general, yo estimo que la raíz inmediata, no la remota, la que explica biológicamente el fenómeno lingüístico, se descubre en el nombre del titán Tifeus o Tifón, hijo de Tártaro y la Tierra, quien por atentar contra el tonante Júpiter, recibió de éste el disparo de un rayo. Convertido en llamas, quedó Tifeus o Tifón sepultado vivo bajo el monte Etna, en la isla de Sicilia, donde todavía purga la culpa de su rebelión. Acaso el nombre de la divinidad proceda de la voz griega **Typhos** humo, que tampoco explica el proceso teogónico, como que éste gira en torno del fuego, y no de la oscuridad ni de la asfixia.

Otras ocasiones hay en que el etimologista acierta precisamente en la raíz, en la desinencia o en el accidente fonético, pero ignora las circunstancias en que la palabra entró oficialmente en el comercio del logos. Todos están conformes en que **vértigo** arranca del verbo latino **verto, versum, vérttere**, que vale tanto como dar vueltas o girar un cuerpo sobre sí mismo; pero muchos ignoran que la más alta acepción de la palabra es suministrada por la historia de la esclavitud, como que indica la ceremonia peculiar de la manumisión. Según la ley romana cuando se acordaba este beneficio al esclavo, el amo debía perfeccionar el acto con dos operaciones sucesivas y diferentes, descargando un puñetazo sobre el cuerpo del manumiso (**manumettere**), y haciéndole dar muchas vueltas sobre los talones hasta el mareo,

como para significar que, después de ese desequilibrio muscular causado por la rotación, vértigo o desmayo, sobrevénia una vida llena de sobresaltos, cuitas y dificultades para el liberto. De la ceremonia y de las consecuencias jurídicas y sociales de ella, salió el adagio que se lee en una sátira de Persio: **Vértigo quiritem facit**, de unas cuantas vueltas sale un caballero, que nada recuerda, en verdad, el refrán castellano sobre lo que se esconde debajo de una mala capa.

* * *

Hay instantes en que ni la erudición ni la experiencia, ni la maña ayudan lo suficiente a la imaginación para salir con felicidad del trance etimológico. Ya que he citado algunas expresiones de orden médico, voy a ilustrar el tema de la incertidumbre investigativa con la referencia a una coincidencial ecuación de naturaleza análoga. Dice la jerga bogotana del hombre sujeto a transitoria intoxicación alcohólica, que está **jalado**. Don Rufino José Cuervo reconoce que en Cuba, y en España, parcialmente, se aspira la "h" de halar, que es voz náutica de difícil arribo al altiplano andino. No se explica nuestro sabio cómo pudo introducirse en el habla callejera de Bogotá. El verbo dicho "halar" tiene su cuna en tierras germánicas, donde se dice **hólen**, con el mismo significado que nosotros le reconocemos en el radio castizo de tirar fuertemente, arrastrar algo. Los daneses conocen **halen** con el propio valor. Sin embargo, nada de esto suscita la idea del ebrio que divaga o titubea. Cuando renunciaba yo a dar en el hito, tropecé en el diccionario latino, con la noticia de que la palabra **halo, halonis** no sólo indica el círculo irisado por vapores acuosos que rodea la masa del sol o de la luna sino que señala al hombre caído por causa de la borrachera. A su vez con el verbo **halo, halare** se expone la acción de despedir olor; lo que en los tiempos corrientes se expresa con las palabras tufo y atufar. Quizás algún clérigo o golilla de la Colonia, versado en el latín se hubiese valido del vocablo halo, halonis, aspirando la "h" como era costumbre: **jeder**, por heder, **jurgón**, por hurgón; **jervido**, por hervido, **juyendo**, por huyendo. Lo evidente es que el signo humano, o hecho tóxico, más nexos guarda con el signo verbal latino que con el germánico.

Explicación semejante podría darse a la palabra **chapelón** con que criollos e indígenas americanos puntualizan a los hombres venidos de España en tiempo de la Colonia. A pesar de que se han ensayado diferentes motivos sobre el radical "chapa", y se ha aducido la autoridad de los clásicos castellanos, no he podido identificar una característica determinante de la voz. En el idioma latino, en cambio, bajo el testimonio literario de Ovidio, se halla la palabra **japetiónides**, con equivalencia de patrón, señor, originada en el nombre de Japeto, padre de Prometeo, precursor éste de la civilización humana.

Mateo Alemán, quien escribió casi un siglo después de fundadas las principales ciudades de América, usó la palabra "chapelón" en el sentido de rozagante, frescote, sonrosado, adornado con chapas encendidas en las mejillas, que no es lo que los pueblos coloniales imaginaron al adoptar la sonora voz que aquí se comenta.

Es pasmoso el provecho que el estudioso consigue con la ayuda de una imaginación ágil, expedita, veloz; pero muy grande el perjuicio que una fantasía desatentada puede ocasionar. En cualquier ramo de la investigación acontece esto, pero principalmente en achaques científicos no sujetos

a la comprobación, por carencia de materiales de cotejo. Es el mentir de las estrellas, que es un seguro mentir, por lo que todos sabemos. Tenemos en España el caso de don Roque Barcia, a quien sus contemporáneos miraron como ejemplo altísimo del saber filológico, y quien, a mi juicio, fue una víctima del desvarío. He aquí cómo razonaba don Roque para dar con la clave de la palabra pradera: "El hombre vio un terreno que no se cultivaba, que estaba PARADO, suprimió la primera A de esta última voz y lo llamó PRADO. Así vemos que el prado no se labra nunca, lo cual confirma que equivale a PARADO, sin ocupación, baldío, ocioso. Vio un prado con yerbas y flores, un prado ameno, y lo llamó pradera. La pradera viene a ser el prado de la imaginación, del sentimiento, de la poesía".

* * *

De la nomenclatura militar sale también la voz candidato, mediante una evolución prolongada que arranca de la blancura esplendente: **Candor**, **candoris**, que pasa luego por el adjetivo **cándidans**, y termina en el empleo del **candidatus** o soldado vestido de blanco, según Cicerón, por haber peleado con mayor intrepidez cerca del emperador. Por extensión, aplicóse, con el vagar del tiempo, al adalid democrático que mejores méritos había contraído en las luchas electorales, sin que para ello obstasen ni el uso de la camide oscura, ni los negros vicios que, en ocasiones, singularizan a quienes solicitan los favores del pueblo.

La dicha de las naciones organizadas políticamente, depende de su seguridad o confianza en los medios para defender sus fueros e instituciones. La seguridad nacional y la personal son motivos particulares que se contemplan en la constitución de los Estados. Acerca de este principio no existe duda. En lo que difiere el criterio de los etimologistas es sobre si se conserva religiosamente el sentido inicial de la composición fonal: **securus**, **securates**, **se-curare**, cuidarse a sí propio, precaverse, curarse en la salud con cautela. La acción original envolvía la idea de defensa íntima, de propia protección, y, por tanto, de acto reflejo. Las necesidades colectivas hicieron evolucionar el lenguaje hacia el fomento del amparo mutuo, mediante exclamaciones que carecieron de lógica idiomática, pero fecundas en el sentido de la cooperación humana. En el derecho romano, se instituyeron contratos de garantía, por medio de los cuales terceras personas o cosas de éstas aseguraban el cumplimiento de obligaciones extrañas. En el derecho moderno se conoce el seguro, en el que la acción central no depende directamente del yo asegurado, sino del asegurador.

De lo averiguado hasta hoy, a través de la prehistoria de pueblos sepultados bajo las arenas africanas, se sabe que el oro constituyó uno de los medios para rendir pleitesía a la divinidad. Las ruinas de los templos de Tebas, Menfis y Jerusalem comprueban que el arca o tabernáculo, o las imágenes representativas del sumo poder creador, fueron labrados con aquel precioso metal. Como ofrenda al Supremo Hacedor, los pueblos prosiguieron en su culto, aunque las creencias politeístas les llevasen a la aceptación de numerosas entidades intermediarias. También los paganos reconocían la existencia de una eterna causa absoluta, para la cual reservaban lo mejor de sus votos. Reunidas las teogonías helénica y romana, muy probablemente crearon la figura para distinguir específicamente el oro, **aurum**, dedicado a sus múltiples **theos**; y valiéndose de un efecto sincopal, emítie-

ron la palabra **Thesaurus**. De aquí la tomó el habla vulgar para decir acumulación de objetos preciosos, provisión de dinero. Vitrubio Pólion, célebre arquitecto y escritor del tiempo de Augusto, usa la palabra en el sentido de almacén o tienda abastecida. En arranque poético, Virgilio llamó **thesaurus** al pródigo panal de miel. Finalmente, el ilustre don Manuel Valbuena anota que Plinio, por ironía o por supersticiones del empirismo de sus contemporáneos, llamó **theasuri maxillarum** los alvéolos dentarios o huecos de las encías. Acaso también por la semejanza patente entre las celdillas de los panales con las cavidades molares. Tal, pues, el origen de la palabra tesoro.

Llamamos desfalco el fraude que se comete contra el tesoro público o contra cualquier peculio privado. El término no es nuevo. En las leyes de Alfonso el Sabio lo hallamos aplicado: "así mesmo en paga de rentas de cualquier otra deuda que non se pueda desfalcar etc". Los etimologistas que he consultado derivan la palabra del prefijo ablativo o privativo **des** y de la raíz **falx**, **falcis**, hoz, porque, según ellos, el desfalco es una siega que se hace en la fortuna de otro. La metáfora es adecuada, pero con peligro de que la hoz se lleve toda la plantación, y en vez de desfalco, el fraude se convierta en alzamiento íntegro. Yo propongo otra interpretación. Una metáfora de efecto marginal: en vez de la raíz **falx**, hoz, marcaría muy bien la acción simbolizada el radical **falca**, astilla. Un tesoro que se des-falca es un caudal que se desastilla.

Por último la cuantía de un tesoro, o el importe de un desfalco, es objeto de cómputo que en buen lenguaje se apellida cálculo. En latín y español encierra idéntico significado: piedrecilla. Valbuena asegura con perfecta razón, que es diminutivo de **calx**, la cal. Se entiende petrificada. Pero hasta aquí no aparece la relación de causa entre la operación de calcular numéricamente y los guijarruelos que llevan el nombre dicho. Lo único que la explicaría sería la vieja costumbre analfabeta de hacer las cuentas de un negocio con ayuda de granos, pedruzcos, palillos, botones, etc. Hasta no hace mucho tiempo yo vi a los campesinos sabaneros verificar operaciones aritméticas con granos de maíz, metódicamente distribuidos sobre la mesa. Razones, proporciones y prorrates elementales eran diestramente concluidos con el singular procedimiento granuloso. De aquí parece haber dimanado la frase de la jerga bogotana "no tener un maíz", por hallarse en la mayor pobreza. El sabio Cuervo, sin referirse a la palabra cálculo, menciona un radical sánscrito **kal**, contar, que, a mi entender, nada tendría que hacer con calcular. Más me convence una costumbre propia de los pueblos en formación, como la que dejo narrada.

* * *

Los métodos políticos que el pueblo y la **cívitas** acogieron en Atenas, Esparta y Roma, impusieron naturalmente un léxico adecuado al tiempo y a la idiosincrasia nacional. Muchas de las voces que formaron en el catálogo de la política, desaparecieron, o pasaron a designar cosas distintas de las que primitivamente se puntualizaron. Sin embargo, la mayor parte de ellas subsisten, con acepciones iguales o semejantes. El imperio creó su terminología específica. La república perfeccionó los moldes verbales. Doce siglos después, el feudo, el alodio y la gleba suscitaron nuevos tipos, diferentes de los clásicos. La despótica autoridad de los Luises los ensanchó, desvianc de su sentido de voces, como en la concepción que del Estado se venía te-

niendo hasta el Catorceno, quien no se anduvo por las ramas y pronunció aquella temible sentencia: *L'Etat c'est moi*. Sobrevino luégo la revolución de fines del siglo XVIII, y con ella se dio un vuelco a los valores en uso. Modernamente la comezón comunista ha hurgado tan a fondo de todo, que ha obligado a la tecnología política a sacrificar expresiones caras a la dignidad humana, para sustituirlas por otras que dicen mucho a sus paladines, pero bien poco a los que cierran los oídos a la truculencia marxista. De ésta son expresiones típicas tales como "cuadros", por grupos; "promoción", por generación; "estructura, infraestructura y superestructura sociales", por manifestaciones características de la economía; "clasismo", por relación de clases; "reaccionarios", por ortodoxos liberales o conservadores, etc.

Veamos cómo los conocimientos de la sociología histórica y política contribuyen a esclarecer muchos de los enigmas de la etimología. Palabras hay de tan amplio y profundo radio de acción, que aún no han sido aclaradas suficientemente. "Industria" es objeto de divagaciones más o menos ingeniosas, sin alcanzar la solución perseguida. Yo conozco algunas, pero no todas. Lo cierto es que no hay idioma culto moderno que no haya tomado la expresión latina con las ligeras modificaciones peculiares de cada pueblo. El significado original de industria, a partir de los clásicos romanos, es habilidad, destreza en cualquier arte. Sin embargo, este sentido no corresponde a lo que se propusieron los hombres que pronunciaron la bella palabra.

En el nuevo diccionario inglés de Cassell, obra rica en informaciones semasiológicas, aparece "industria" como producto del prefijo *indu*, en o dentro, y de la raíz comodín *struo*, *struxi*, *structum*, *struere*, construir, edificar, fabricar, disponer, arreglar, etc. Me parece que la solución se aproxima a la verdad, pero incompletamente, marchando sobre un solo pie, por cuanto de ella no se desprendería un signo económico, cuando por industria no se toma solamente el medio, artificio o recurso, sino la finalidad político-social de la actividad industrial. Es evidente que la preposición *indu* tiene personería anticuada en el diccionario latino, la que se abrevió luégo hasta quedar en *in*. El inglés posee la misma preposición *into*, con el valor de *in*, pero con indicación de interioridad o de acción dentro de un recinto.

Mi razonamiento se mueve por vía rigurosamente fabril, para llegar a una conclusión menos hipotética e imprecisa que la de Cassell. La ocupación o trabajo más difundido en todas las edades es la de la fabricación del vestido. En tiempo de las tribus los hombres y las mujeres atendían a esa necesidad con elementos rudimentarios, como que apenas cubrían sus carnes con pieles de animales salvajes. Al sentar el pie los grupos errantes, en las aldeas, y mucho tiempo después en las ciudades, la necesidad del vestido se cumplió requiriendo la habilidad de obreros especiales. La operación de vestir o cubrir el cuerpo con ropas, fue designada en latín con el verbo *induo*, *inductum*, *induere*. De allí surgió la palabra *indumentum*, como equivalente de vestido. Según Plauto la voz *indusium* señalaba la ropa interior de los antepasados que comenzaron a usarla. Acaso aquí ya cabe aceptar el prefijo *indu* en combinación con la raíz *usus*. Con estos componentes se puede deducir que la primera industria reconocida como tal, fue la del vestido, y que por influjo de la generalización, la palabra cubrió toda ocupación fabril inventada para crear y mover la riqueza ciudadana.

De dones y regalías procedió en la historia política de Roma el concepto de municipio. Los privilegios de la nobleza, los fueros de los patriarcas, las prerrogativas de los reyes, determinaron la ocasión de hacer regalos o donativos que consistían en cargos públicos. *Munus*, *múneris* fue primero el presente u obsequio en general, y luégo los oficios o empleos que se distribuían graciosamente entre las personas más adictas y leales a los gobernantes. El que recibía el cargo o el que se hallaba en capacidad moral y legal de tomar a su cuidado su desempeño, fue llamado *múniceps*, asociando a la raíz primordial la raíz secundaria *capio*, *cepi*, *captum*, *cápere*, que dice tomar, recibir, etc. El municipio romano fue el puente tendido entre el ciudadano y el Estado, y gozó de reglamentación tan perfecta que hasta fines del medievo, sus principios rigieron en todos los países de Europa.

La voz "dieta" con que en diversos Estados se designó, y aún se designa, la asamblea o corporación legislativa correspondiente, tiene su ascendencia, según unos, en el griego *diaita*, que es tanto como régimen de vida. Otros la remontan hasta *zoaein*, vivir. Los romanos la tomaron en dos sentidos: según Cicerón, como género de vida moderada, y también como indicación médica en favor de los enfermos. Según Plinio, como aposento, alcoba, cámara donde se vive. Así se explica que la acepción estrictamente política coincide no sólo con la física concepción del recinto donde se delibera, sino con la aptitud del Estado para darse su propio régimen.

Dentro de la dieta se halla la curul donde se arrellana el consagrado por el sufragio de sus conciudadanos. Veamos cómo y cuándo surgió a la vida aquella palabra, que tanto seduce a quienes paladean la dulzura de la política militante. Al entrar en las ciudades vencedoras o vencidas después de una hazaña bélica, el héroe de la jornada subía al *currus* o carro triunfal, tomaba asiento en la silla ebúrnea, recamada de oro y cubierta de raso imperiales. Desde ella recibía las aclamaciones de las muchedumbres o se regodeaba con las lágrimas de los derrotados que tanto valían como los vítores de sus propios soldados. *Curulis* fue, por tanto, el nombre que se dio a aquel asiento que irradiaba alegría y satisfacción.

Con excepción del lenguaje creado para vestir las invenciones de la ciencia contemporánea (electricidad, radiología, química, óptica, energía nuclear, etc.) no hay palabra que los griegos, latinos, sajones y árabes no tuviesen para expresar los atributos esenciales de la humanidad: Dios, patria, libertad, derecho, política, moral, premio, castigo, con todos sus derivados y consecuencias filológicos. La única diferencia descansa en el significado, o contenido, como dicen ahora, que se confiere a cada palabra. La *res pública* de los primeros romanos tuvo una significación más nebulosa e imprecisa que la asignada en Grecia por Platón a su teoría idealista, y mucho más diferenciada que la comprendida y divulgada por Cicerón en sus oraciones y epístolas.

Una de las ocupaciones de la semántica, quizá la de mayor alcance crítico, es la de fijar el grado de expresión y establecer hechos históricos que pudieron haber modificado de más o de menos el sentido inicial. Ejemplo: las instituciones romanas no reconocieron el derecho de gestionar negocios civiles y públicos, al contrario de lo que se observa hoy, sino en las fechas conmemorativas de grandes acontecimientos patrios. En un calendario oficial se llevaba cuenta minuciosa de ellos. Tales días recibieron el nombre de fastos. Los que recordaban lutos, derrotas, cataclismos, se llamaban

nefastos, y durante ellos la acción ciudadana no podía prosperar. Con el correr del tiempo, y respondiendo a una noción más generosa del descanso, se trocó el pensamiento y se tuvieron los días ordinarios de labor como fastos, y los de regocijo patrio o de festividad religiosa, como nefastos.

Algo semejante ha ocurrido con la palabra "nefando", pero sin consumarse una inversión del valor ideológico de ella. Del verbo **fano**, **fanas**, **fanare**, comentar, decir, se derivó la palabra **fandus**, lo que es digno de ser comentado o publicado. Lo que estuviera en el caso opuesto, se mencionaría, sin mayor escándalo ni vocerío con las palabras **infandus** y **nefandus**. Empero, del grado inerte de indecibilidad que tuvo la voz "nefando" en tiempos antiguos, se ha llegado hoy al de la repugnancia superlativa que inspira o sugiere la más baja abyección. Otro tanto sucede con la expresión "nefario" que contiene elementos sinónimos. De una obvia y espontánea noción, hemos llegado, por los caminos de la hipérbola tácita, a aceptar efectos no soñados otrora. No quiero decir que el proceso se haya cumplido ahora, sino con mucha posterioridad al tiempo en que se compusieron las palabras. Igual suerte se ha corrido con la voz "ignominia".

Lo obsceno, en la intención de quienes crearon este fonema, significa lo que mejor sería no mostrar, no hacerlo público, mantenerlo alejado de la vista de las otras gentes. La partícula preposicional **ob** tiene diferentes representaciones negativas o peyorativas: objetar, obligar, obstruir, obcecar. En algunas ocasiones indica causalidad. La raíz griega **skene** indica el tablado o tinglado público. Para los patricios rectos y decorosos que modelaron la palabra, era obscenidad salir a los atrios a solicitar limosnas, vagar por los caminos divulgando intimidades domésticas, mostrar llagas y remiendos, o satisfacer necesidades donde los urgidos por ellas pudieran ser sorprendidos por transeúntes o vecinos. Pasaron los siglos y se relegó el uso de la palabra para referirse a lo que el pudor manda que se guarde con recato y compostura.

Los romanos reconocían dos categorías de triunfos cívicos o guerreros: los mayores, que suponían formidables acciones de armas; y los menores que se reducían a estratagemas políticas sin efusión de sangre. Al vencedor de los mayores se le otorgaba el derecho de entrar a Roma a pie o a caballo, y de ofrendar en su homenaje un toro. Al que triunfaba en circunstancias menores, se le señalaba el mismo honor, pero con sacrificio de una oveja: **oves**. Entonces recibía el héroe el nombre de **ovans**, **ovantis**, y la ceremonia o recompensa se bautizó con la denominación de **ovatio**. Mudaron las costumbres; las conveniencias religiosas trajeron otras prácticas; el símbolo de la oveja y del toro descendió en presencia de las flámulas, de los himnos y de los bronces; y se crearon otras formas de recompensar el valor; pero el nombre se conservó intacto, llegando a aplicarse hoy hasta para aclamar a la doncella cuyos dedos triunfan en público sobre la risa amplia de un ebúrneo teclado.

Todo esto demuestra que el idioma se desenvuelve no sólo en su morfología, sino en la esencia misma que se esconde tras la malla de milenarios signos vocales. La palabra es el vehículo que lo mismo transporta hoy la carga modesta, que mañana sirve para engalanarse con los arcos de ostentoso e iluminado carro triunfal. Los hechos sociales son los que se encargan de ir abriendo el compás a medida de las necesidades: ¿quién podría creer que cuando la boca se movió por vez primera para decir sobre

los cármenes latinos **jus**, **juris**, lo fuese para pedir una escudilla de caldo? Y pensar que, al cabo de los tiempos, la misma palabra vendría a constituir la piedra angular del imperio romano: el derecho. Guiso, derecho y libertad, homónimos!

Voces se contienen en el vocabulario español que explican tanto desde su nacimiento, que hoy mismo, con veinticinco siglos de experiencia, no podrían significar más. El valor de sus componentes alcanza una cumbre tan abstracta que les permite ser equívocas. Sea, verbigracia, la palabra "matar". Lo mismo se aplica al hombre que al animal, activa y pasivamente. En francés apenas se le confiere el restringido ánimo de significar victoria en el juego: **dar mate**. Pues bien: "matar" viene de dos radicales latinos: **magis**, es decir, lo que más, lo máximo, y **ago**, **agis**, **actum**, **ágere**, hacer ejecutar. Siendo la vida el más augusto bien otorgado por Dios al hombre, arrebatarla es hacer u obrar lo que más podría hacerse u obrarse contra ese hombre. Hay lógica estricta en el razonamiento. El vocablo no fue fruto de reacciones fonales, sino de maduras reflexiones filosóficas. Acaso fuese un jurista quien lo propusiese en la oración pronunciada para defender a un homicida, y tan comprensiva es ella que no hay en nuestro idioma otra palabra que la sustituya con el mismo sentido y con estructura análoga.

Voz que lleva en sí todo un atuendo teológico, según la concepción mosaica, es la de "manzana", si hemos de creer a Virgilio, quien acepta la expresión **mallum**, con el valor de tan delicada fruta. Pero es el caso que, según la autoridad del Génesis, el principio del **mallum** o perdición de la humanidad, fue el **mallum** que la serpiente mostró a la primera mujer en el Paraíso. Sin embargo, si se objetase que no se ha establecido exactamente que el árbol de la ciencia del Bien y del Mal era el que producía la manzana, el escritor latino respondería que también su habla designó "todo género de fruta" con la palabra **mallum**. A través de esta interpretación, que no puede calificarse de antojadiza, se advierte la influencia de la literatura hebrea sobre la romana, mediante las relaciones guerreras entre los dos pueblos. Prueba de ello es la penetración de la lexicografía judaica en la estructura de la latina.

Por contrario modo se descubren en nuestro abundante vocabulario algunas expresiones que sirvieron inicialmente para describir violentos trances del espíritu acogojado por el infortunio o por el terror. "Angosto" no es una palabra anodina, que haya nacido al azar de los sonidos vocales. Provino ella de la sensación de angustia, del dolor mismo, de la asfixia que causa la opresión física o moral: **ango**, **anxi**, **ángere** eran voces que clamaban por la mano piadosa que libertase de la aflicción. Poco a poco fue cediendo el rigor entre los mismos latinos hasta situar la palabra en un término de ponderación, bien alejada de la hipérbola. Cuando el habla de Castilla recogió el vocablo, el significado primitivo había renunciado a sus fueros de alarma excesiva. La calle angosta de nuestros clásicos era menos apremiante que el **angustiae loci** de Julio César cuando vencía los estrechos desfiladeros defendidos por los contrarios.

El **térror pánicus** era de tan monstruosas consecuencias en la época mitológica, que las peores calamidades de la tierra, incluían en ellas la derrota y la vergüenza de los Titanes. Hoy día el "pánico de la bolsa", por ejemplo, es la momentánea agitación que se observa entre las personas entregadas a esta suerte de operaciones. Cualquier temor colectivo recibe el

nombre de pánico, el que ha ya pasado a formar en la legión de los sustantivos comunes, abandonando la lista decorativa de la adjetivación.

Es curiosa la evolución del verbo "apañar" que todos los clásicos usan por coger, atrapar, agarrar. Su ascendencia no puede reconocerse en **pango, pépigi, pactum, pángere**, tomar, coger, porque ninguna de las acepciones numerosas de tal verbo acuerda con el sentido delimitado y específico de "apañar". Tampoco está en la raíz **pugnus**, como que el vocablo empuñar que se deriva de ella, no consulta la intención descrita antes. Mediante una trama deliberativa laboriosa, he creído que puede explorarse la fuente en **apanagium**, voz jurídico-política, dosificada para enunciar los beneficios pecuniarios reconocidos por la ley en favor de los hijos segundos de monarcas y señores poderosos, a fin de suavizar algo el odioso privilegio de la primogenitura. Supongo que entonces se diría que el segundón "apanagiaba", que sería tanto como recogía, atrapaba, agarraba lo necesario para su subsistencia congrua. Desde el punto de vista de la idea es grande la diferencia entre lo antiguo y lo moderno, pero nadie, sensatamente, nos discutiría la analogía de efectos. Lo que hace dos mil y más años era signo léxico de noble institución de derecho público, es hoy una modesta vulgaridad que solo tiene entrada en el estilo campechano y familiar. Tal es la prueba de que entre los pliegues de la palabra vieja se esconde un sentido joven, apenas sospechado.

Verdadera legión de casos en que el primer sentido calculado para una palabra se vio transformado, por vía de la metáfora, en otro sentido completamente distinto, se registran en las lenguas gemitoras de la nuestra. La voz "expedito", que hoy se aplica exclusivamente a lo fácil, corriente y desembarazado, tuvo su origen en el prefijo **ex** y en la raíz **pes, pedis**, el pie. La preposición **ex** en su uso particular, expresa deshacer, restituir a su anterior estado, soltar las ligaduras. Con el verbo **expedio**, se indicaba, en primer término, la acción de devolver la libertad a los pies sujetos con un lazo. Así como el que se halla con los pies atados carece de poder para moverse con facilidad y soltura, el que recobra la capacidad para hacerlo, merece que se le designe con nombre que tenga nexos con la palabra "**expedición**". Resta saber si "despedir", que conserva estrecha relación con "expedir", llegó a servir para denotar acción distinta de la que hoy se considera representada por aquélla, o si se limitó apenas a presumir libre a una persona para retirarse o ausentarse.

Hay otra voz latina, que, al hacer tránsito al léxico castellano, dejó la huella de una transformación total: **bufo, bufonis**, sapo, animal que por su fealdad risible habría de conferir caracterización al bufón de nuestro idioma, hombre contrahecho y ridículo, destinado a provocar ese contraste que es la base psicofisiológica de la risa, según la teoría de Enrique Bergson.

Metamorfosis análoga puede reconocerse en la palabra **bribón**, que se produjo sobre el núcleo radical **vérber, látigo**, que, a su turno, engendró la voz **vérbero, verberonis**, o sujeto digno de la pena de azotes. La sustitución de la "v" inicial por la "b" se justifica por la asociación sincopada con la consonante "r".

MIGUEL AGUILERA

Presidente de la Academia de Jurisprudencia
Miembro de número de la Academia de Historia.

TENDENCIAS DE LA FILOSOFIA CONTEMPORANEA

Por PHILIPPE NORTH

Los historiadores nos engañan. Aprendimos en la escuela que los acontecimientos se encadenan y a diario comprobamos que nuestras acciones tienen efectos que a su vez son causa de otros efectos; y así, sucesivamente, hasta lo infinito, todo es dependiente. "Si la nariz de Cleopatra hubiera sido más corta, habría cambiado toda la faz de la tierra". Nadie duda que los acontecimientos del mundo se ordenan los unos a los otros. Empero, se olvida generalmente anotar que la cadena de efectos y causas es perfectamente imprevisible. Sucedió que el 14 de julio de 1789 algunos amotinados se apoderaron de La Bastilla; y ocurrió también que, habiendo tomado la Revolución Francesa cierta orientación, se guillotiné a Luis XVI el 21 de enero de 1793. Desde entonces todo es simple para el historiador que mencita sobre los acontecimientos efectivamente realizados. El historiador dice: "En la toma de La Bastilla se inscribía ya la muerte de Luis XVI". Y nos engaña. Explicar lo más reciente por lo menos reciente es su tarea; pero que se exprese como si los acontecimientos del mundo se desarrollaran con arreglo a leyes necesarias que él ha logrado penetrar, no pasa de ser una impostura.

No es difícil prever lo que ha pasado. Y da la impresión de que no siempre las gentes perciben el ridículo que involucra profetizar el pasado o el presente: los historiadores se instalan en el pasado, fingen ignorar el presente y hablan del futuro. Sería tiempo ya de ver que los susodichos puntos de partida son en realidad puntos de llegada: no es el pasado el que aclara el presente, es el presente el que arroja luz sobre el pasado; o más generalmente, lo reciente esclarece lo menos reciente. Imaginaos una Revolución Francesa fracasada y los Borbones todavía en el trono: la toma de La Bastilla no pasaría de ser un hecho ordinario entre muchos otros, profundamente olvidados; solamente a la luz de los hechos que siguieron es como el 14 de julio de 1789 adquiere importancia y significación. En los hechos ninguna previsión es posible, porque nada está escrito. El porvenir es una página blanca y nadie tiene derecho a hablar de futuro: nunca se prevé sino después del hecho.

Si el punto de llegada (conocido del historiador) imparte su sentido al punto de partida, el cual punto de llegada incluso, acusa la existencia de un punto de partida; y como, por otra parte, no existe un punto de arribo definitivo puesto que el tiempo no cesa de correr y el mundo de modificarse, es necesario concluir que la historia debe ser reescrita a cada instante. Cada época escogerá el pasado que le convenga. M. R. Aron nos